

LOS AÑOS NOVENTA EN COLOMBIA: EL CONTEXTO PARA LA FACULTAD DE ARTES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

Por: Fernando Viviescas M.*

“...Sobre todo, se requiere saber la forma en que la sociedad de que se trata permite a las personas imaginar, maravillarse, sentir emociones como el amor y la gratitud, que presuponen que la vida es más que un conjunto de relaciones comerciales, y que el ser humano... es un ‘misterio insondable’ que no puede expresarse completamente en una ‘forma tabular’.”

Martha Nussbaum y Amartya Sen¹

INTRODUCCIÓN:

Con respecto al significado de la calidad de la vida, a la dignificación del entorno habitado, a la estética como constituyente y constitutiva del vivir y al confort del ámbito espacial para la existencia individual y colectiva -que son los contextos referenciales en los cuales se ubican los ensayos de este libro, y desde los que parten el pensar y el accionar de la misión y de la visión de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia- es ineludible señalar desde el inicio que -para la década de 1990, la cual ha sido tomada como el referente temporal de ubicación de las distintas reflexiones disciplinares que constituyen el volumen- somos un país en guerra o, más exactamente, en guerras, al cual las limitaciones democrática e imaginativa de sus sectores dirigentes² (de todas las vertientes ideológicas) para resolverle sus problemas esenciales le ha producido el amontonamiento de múltiples confrontaciones por deudas insalvadas.

Colombia, también por la enorme insensibilidad cultural y social de quienes han detentado el poder (tanto institucional como contestatario) terminó el Siglo XX no sólo sin darle trámite a cuestiones fundamentales como la Reforma Agraria -y, por ello, sin lograr un marco (al menos) digno para la existencia de nuestros campesinos, por lo que, entre otras cosas, se generó y alimentó (y luego se degeneró) el caldo de cultivo de la guerrilla- sino sin comprender la complejidad y riqueza política y social que entrañó el proceso de urbanización el cual produjo, en menos de cincuenta años, a más de treinta millones de hombres y mujeres abocados a crear la Ciudad sin referentes políticos ni culturales

* . Arquitecto urbanista, Vicerrector de la Sede de Bogotá de la Universidad Nacional de Colombia.

¹ . Nussbaum, Martha y Sen, Amartya (Comp.) (1996) **La calidad de vida**, Fondo de Cultura Económica, México, pág. 16.

² . Podemos tener como referencia lo que opina uno de los hombres más poderosos del país: “... *Resumiendo, la riqueza y la pobreza van a coexistir perpetuamente en todos los países porque siempre habrá gentes más inteligentes o listas, mejor capacitadas –o lo que tu quieras- que otras... acabar con la pobreza es imposible. Sería como tratar de acabar con la vejez.*” Ver: Zalamea, Luis, “Santo Domingo por él mismo” en Lecturas Dominicales del Periódico EL TIEMPO, 7 de Septiembre de 2003, Bogotá, pág. 4.

renovados –condenando, en el plano económico, a la gran mayoría de ellos a vivir por debajo de la línea de pobreza: sin acceso al conocimiento, a la cultura urbana, a la ciencia o al arte y, en el plano espacial, por fuera de la arquitectura y el urbanismo.

Este es el resultado de la ignorancia que ha caracterizado a nuestras clases dominantes por partida doble. De un lado, con respecto a los avances de la política y el devenir de la economía en el orden mundial -especialmente con referencia a la Democracia³- que las ha mantenido aferradas a las más rancias y violentas tradiciones de explotación y formas de dominación. Del otro, con referencia al mundo del intelecto, de la ciencia, del arte y de la cultura, que las ha llevado a mantenerse en el poder con un profundo desprecio por las especulaciones y ejecutorias de la inteligencia, y del pensar, y con una enorme incapacidad de sensibilidad artística: negadas para lo estético y sin asomo de comprensión de la belleza y el confort como componentes esenciales de la existencia de todos los humanos.

1. Los años noventa en Colombia: El despertar moderno contra las guerras.

Apenas en las proximidades del Tercer Milenio, nuestra formación sociohistórica empezó a ser consciente de que en los últimos cincuenta años habíamos acumulado tales montañas de inequidad, exclusión, resentimiento, frustración y venganza que sus efectos combinados ya empezaban a contribuir inconscientemente a la desnaturalización de las experiencias del encuentro y de la interactuación culturales y políticos, consustanciales a los procesos de urbanización interna y de ubicación mundial en el concierto globalizado.

Hasta los primeros años noventa no nos habíamos percatado de las dimensiones enormes del campo abierto en las décadas anteriores -en la política, en la economía y en la ética- a la incidencia profunda y nefasta tanto del narcotráfico como de la violencia –apertura en la cual degradaríamos, incluso, a los entes y cuerpos de la institucionalidad y de la insurgencia- en el silenciamiento de cualquier pretensión de abocar civilizadamente los enfrentamientos ancestrales y los conflictos contemporáneos. Sólo entonces nos dimos cuenta de que aquellas patologías, individuales y colectivas, se habían extendido de tal manera que lograban reprimir o, en muchos casos, pervertir los intentos de refundar los referentes sociales y psicológicos del conjunto de la sociedad colombiana en los albores del Siglo XXI.

Tres acontecimientos –los cuales, de manera diferente y con proyecciones también distintas, revolucionaron la cultura política colombiana- le dieron consistencia a ese despertar ciudadano crítico, crecientemente autónomo y pretendidamente contemporáneo y cosmopolita, el cual nos permitió percibir de manera eficaz el enorme atraso del país y, con ello, abocar la tarea de empezar a formular perspectivas para entrar en el siglo XXI con algunas posibilidades de jugar un papel decoroso en el concierto de las naciones civilizadas. Enmarcados y acompasados por los años noventa del siglo pasado, ellos son: la redacción de la Constitución de 1991; a partir de 1995, la transformación radical de los parámetros y

³ . Sigue hablando Julio Mario Santo Domingo: “... *Yo no puedo entender la democracia como la ven algunas gentes y la predicar falsamente ciertos políticos. Porque no existe país donde no haya pobres ni enfermos.*” Zalamea Luis, 2003, Ibidem.

referencias de la elección del Alcalde de Bogotá y, aunque finalmente frustradas en el 2002, las conversaciones de paz iniciadas en 1998.

En ellos se condensa y expresa, y desde ellos se potencia, la enorme transformación cultural que había venido experimentando la sociedad colombiana desde mediados de los años ochenta y que no había podido salir a flote con realizaciones concretas que pusieran en cuestión, efectivamente, los soportes sobre los cuales aún se imponen las formas tradicionales de dominación del país.

Los tres asumen como fundamentación de su aparición, formulación y desarrollo el reconocimiento de la complejidad de las relaciones existenciales individuales y colectivas entre los hombres y mujeres, entre sus culturas y concepciones e imaginarios, entre los humanos y las demás especies, etc. y con base en ellos se ha refundado la mirada sobre los distintos conflictos desde una perspectiva en la cual, de un lado, la diferencia no se piensa más como soporte de la desigualdad y el sometimiento y, del otro, la diversidad se interpreta como el elemento fundamental para el enriquecimiento del espectro referencial de la política y la cultura.

Con ellos empieza a superarse el simplismo provinciano y prepotente que había mantenido al dualismo maniqueo como referente sempiterno para el tratamiento de los problemas esenciales y que está a la base de nuestro atraso y violencia: liberales-conservadores (de las primeras décadas del siglo XX) partidos tradicionales-subversión (inaugurado y mantenido por el Frente Nacional), revolución violenta-mantenimiento a ultranza del establecimiento (años setenta), gobierno-grupos armados (de los ochenta); el reino de “los que están conmigo y los que están contra mí”, el cual, con manifestaciones en casi todos los ámbitos de la vida en sociedad colombiana, había mantenido enclaustradas las posibilidades de abrir el pensamiento y la imaginación hacia la investigación y la reflexión sobre los asuntos que constituyen la existencia tanto cotidiana como en su proyección estratégica⁴.

De esta manera, estos tres acontecimientos civilizatorios se convierten en grandes protagonistas de la caracterización de lo que fueron los años noventa (y con ellos el final del siglo XX) para el país, pues su eficacia cultural y política contra la dominación heredada fue tan contundente que hizo que la reacción de las fuerzas tradicionales de todos los matices ideológicos fuese también arrasadora.

Por ello, a los avances políticos emancipatorios que materializaron la Constitución de 1991 y la puesta en práctica de la democracia participativa en Bogotá a partir de 1995, el conjunto de la reacción respondió con la conformación y extensión a todo el territorio nacional de las llamadas Autodefensas y a la expansión y crecimiento de la influencia de los dineros del narcotráfico en ellas y en los demás grupos armados (especialmente en las FARC) combinación terrible que llevó a que los enfrentamientos armados llevaran al país a

⁴ . Como era a penas natural, en ese medio, la cultura, la creación y, por tanto, el arte, la ciencia, la expresión y la interpretación fueron los grandes damnificados.

vivir una de las más horribles experiencias de destrucción y de crueldad que registre nuestra historia.

Así, también, el inicio de las conversaciones de paz hacia el final de la década (en 1998), paradójicamente, potenció y exacerbó múltiples confrontaciones -todas ellas crueles, todas ellas vergonzosas- que a la generalización de la sevicia y la tortura en la eliminación de los seres humanos agregó el bombardeo y el incendio para la destrucción sistemática del entorno construido.

En efecto, el peso de aquellas sagas de ignorancia, inconsciencia e incapacidad para la imaginación y la creatividad, sobre las que ha estado montada nuestra historia, se descarga en toda su potencia tratando de impedir el despertar a la modernidad, el acceso al “uso de razón”⁵, que Colombia empieza a experimentar, tardíamente, apenas al final del Siglo XX.

La influencia perversa de aquella tradición se exagera, e incrementa y profundiza la violencia de los acontecimientos, en la medida en que percibe que los procesos culturales y políticos que -a pesar de la violenta y poderosa persistencia de las formas de sometimiento heredadas- ha logrado crear, dinamizar y adelantar el conjunto de la población colombiana en las últimas décadas cuestionan y tienden a reemplazar las atrocidades del atraso en el cual se ha basado nuestra dominación.

Es esta verdadera confrontación político-cultural, lo que caracteriza, en su perspectiva estructural de sociedad contemporánea, lo que ha sucedido en Colombia durante los años noventa. La extraordinaria conflictividad que se está dando desde finales de los años ochenta, entre la tozudez de la tradición –sostenida a sangre y fuego por los sectores dominantes más conservadores de nuestra sociedad, los cuales se mueven en todos los ámbitos ideológicos- y el surgimiento y consolidación de una nueva perspectiva de formulación de la vida individual y colectiva planteada con base en una concepción civilista, argumentada, racional, inclusiva, tolerante y comprensiva de lo que es la forma como debe ser asumida la complejidad de la sociedad -liderada por los grupos y conglomerados de la ciudadanía más consciente y más esclarecida de los distintos estratos sociales en que se ha venido configurando la nueva ciudadanía colombiana.

Es el establecimiento de manera definitiva de ese extraordinario conflicto intelectual y ético en el escenario de nuestro espacio público, lo que singulariza a la década de los noventa en el panorama de las definiciones de proyectos de sociedad en nuestro país.

⁵ “La ilustración es la salida del hombre de su condición de menor de edad de la cual él mismo es culpable. La minoría de edad es la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esa minoría de edad, cuando la causa de ella no radica en una falta de entendimiento, sino de la decisión y el valor para servirse de él con independencia, sin la conducción de otro...” Cfr.: Kant, Emmanuel (1986) “Respuesta a la pregunta : ¿Qué es la Ilustración ?”, en Revista **ARGUMENTOS** Nos. 14, 15, 16 y 17 (Universidad y Sociedad) Bogotá, Colombia, pág. 29. “...El programa de la Ilustración era el desencantamiento del mundo. Pretendía disolver los mitos y derrocar la imaginación mediante la ciencia...” Cfr.: Horkheimer, Max y Adorno, Theodor W. (1994) **Dialéctica de la Ilustración** Fragmentos filosóficos, Editorial Trotta, Madrid, España. pp.59.

Y la caracteriza más que el ya sempiterno y, por ello, simplemente tradicional enfrentamiento armado -a pesar de la enorme vergüenza y tristeza en las que nos hunde diariamente-, el cual, más allá de su enorme crueldad y estupidez no ha hecho más que generalizar, en todos los bandos que se han ido involucrando en su mantenimiento y profundización, la tradicional simplicidad e incapacidad para analizar las problemáticas de nuestra sociedad: precipitando a todo sus actores en el despeñadero de la barbarie sin posibilidad de aportar nada creativo. Por eso se ve a todos ellos dedicados única y exclusivamente a desgastarse y a desgastar al país en un eterno proceso de destrucción de vidas, de patrimonio, de naturaleza, de ilusiones y de sueños.

2. El derecho al arte en la instauración tardía de los acontecimientos modernos.

Es en este contexto donde se incrementa y potencia la importancia del trabajo que por impulsar, cualificar y mantener la dimensión creativa ha hecho la Facultad durante los años noventa y que de manera detallada presenta cada uno de los capítulos del presente volumen. Esa labor se ha venido desarrollando no sólo en la perspectiva de continuar críticamente la historia que durante todos los años del siglo XX la ubicó como la más importante Escuela de Arte del país sino que ha estado, en especial durante la década pasada, interpretando y contribuyendo a profundizar y potenciar las apuestas que -por introducir la cultura, el arte y la democracia, como los referentes de la formulación de una sociedad moderna- ha hecho la población colombiana, particularmente en los últimos quince años, para denunciar y superar el limitado horizonte en el que nos ha mantenido aquella barbarie que ya señalábamos.

Como se podrá comprender a través de la lectura de este libro, esa sintonía de la Escuela con la transformación de la sociedad ha sido beneficiosa para las disciplinas mismas, para su renovación y para su ubicación en el mundo contemporáneo, pues a pesar de lo incipiente de la consolidación de esta nueva perspectiva sociocultural, desde la cual se ha empezado a vivir nuestra razón de ser, ya presenta realizaciones ontológicas cognitivas de gran envergadura las cuales interrogan y cuestionan a los soportes tanto teóricos como prácticos, tanto metodológicos como experimentales, tanto disciplinares como procedimentales, de los distintos campos de expresión y de creación que constituyen nuestra Facultad.

En la década de los noventa, Colombia comenzó a legitimar discursos, procesos, espacios y escenarios por donde empezaron a transitar ideas y valores que fueron siempre extraños a los parámetros con los cuales se mantuvo las referencias de nuestra nacionalidad durante el siglo XX: los derechos humanos, el derecho internacional humanitario, la sociedad civil, la inclusión social; los derechos de la mujer y los de los niños, junto a los de los homosexuales y las lesbianas; la problemática ambiental, las calidad de vida, la diversidad cultural y la ecológica; el espacio público y la ciudadanía; el derecho a vivir la diferencia sin que implique sometimiento; la necesidad y el derecho a mantenerse al margen de la confrontación armada y el derecho a la paz.

La irrupción de los efectos del avance de estos referentes, que se habían venido incubando en los años anteriores en el inconsciente individual y colectivo de cada vez más amplias capas de la población colombiana, en su búsqueda por la superación de las polarizaciones y

extremismos violentos pero inútiles que caracterizaron las décadas de los setenta y ochenta, puso sobre el terreno de lo consciente grandes avances incluso en el campo institucional.

Así, para cuando en 1992 llegó la conmemoración de los quinientos años de la llegada de los europeos a América (y, con ellos, lo que después sería “nuestra” Modernidad), que permitió la exposición abierta de la conciencia y el conocimiento que se habían generado y solidificado sobre el significado, la riqueza y la trascendencia de nuestra diversidad cultural, ya los colombianos contábamos con la nueva Constitución de 1991 que configuró el marco de referenciación del país hacia el futuro asumiendo, seguramente de manera aún incompleta, todas estos imaginarios que constituían lo máspreciado que autónomamente habíamos concebido para ubicar al país, aunque con enorme retraso, en los terrenos del siglo XX⁶.

Entendiéndose por Siglo XX la asunción de la referencia de la modernidad; la extensión de la democracia; la configuración de una relación positiva, incluyente y potente con las gentes y con su cultura, con la naturaleza y su complejidad, con la ciencia y con la tecnología. Asumiéndose también, por expresiones netas del Siglo XX, la gran diversidad de las expresiones pictóricas o las grandes transformaciones que se dan en la arquitectura, la pintura y la escultura, y en la música.

Haciéndonos conscientes de “...que el sentimiento de la vida de la nueva generación ya no está dominada hasta tal grado por la angustia de sentir que las amenazadoras catástrofes (las guerras mundiales) son la inevitable prosecución de la trama de la historia universal ; que los hombres pueden aprender a convivir incluso con los potentes medios de dominio de que disponen para su mutua destrucción, y que el camino hacia el futuro permanece abierto gracias a una sobria evaluación de las realidades y a una actitud positiva ante los compromisos razonables...”⁷

En Colombia, y a pesar del enorme esfuerzo que han realizado nuestros hombres y mujeres, y que aquí apenas hemos pergeñado, aquellos “grandes acontecimientos” de que habla Habermas sólo aparecen con grados reales de eficacia en la última década.

No obstante, lo significativo fue que ciertamente empezaron a llegar: la creación del Ministerio del Medio Ambiente, en 1993; la constitución del Viceministerio de Vivienda,

⁶ . Como lo ha planteado la filosofía: “...El rostro de un siglo va tomando forma por la irrupción de grandes acontecimientos. Entre los historiadores que todavía están dispuestos a pensar grandes unidades existe hoy un consenso : al <<largo>> siglo XIX (1789-1914) le ha sucedido un <<breve>> siglo XX (1914-1989). El comienzo de la Primera Guerra Mundial y el desmoronamiento de la Unión Soviética dan el marco a este antagonismo que atraviesa dos guerras mundiales y la guerra fría...” Cfr. : Habermas, Jürgen (1998) “Nuestro breve siglo”, en Revista **Letra Internacional** No.58, Madrid, España. Pp. 6.

⁷ . Aunque Hans-Georg Gadamer difiere de Habermas en las fechas, y los acontecimientos, que marcan el inicio del Siglo XIX -pues sostiene que se inaugura con la muerte de Hegel : en 1831, y la de Goethe : en 1832- coincide, en cambio, totalmente en la significación del la Primera Guerra Mundial como punto de partida del XX. Cfr. : Gadamer, H.G. (1992) “Los fundamentos filosóficos del siglo XX”, en Vattimo, Gianni (Comp.) **La secularización de la Filosofía**, Hermenéutica y posmodernidad, Editorial Gedisa, Barcelona, España. Pp. : 89.

Desarrollo Urbano y Agua Potable (1993), con un antecedente esencial en la Ley de reforma Urbana de 1989; la configuración de una Política Urbana (1995), que nos permitió comprender la trascendencia de la Cumbre de las Naciones unidas, en Estambul, en 1996; la creación del Ministerio de Cultura, fueron muchos de los logros, consagrados en el orden institucional, de aquel extraordinario movimiento cultural y político que, con su portentoso inicio logró caracterizar a la década de los noventa como el despertar de la ciudadanía colombiana al “uso de la razón”.

Ello permitió poner en la plano del conocimiento la necesidad inaplazable no sólo de superar los horrores del eterno enfrentamiento armado sino de darle otros horizontes a los marcos de reivindicación social y cultural (esto es, a la acción política) que hasta entonces se habían mantenido limitados a, simplemente, evitar que aumentara el número de ciudadanos por debajo de -lo que los organismos internacionales y los econométristas denominan- la “línea de pobreza” o con las “necesidades básicas insatisfechas”.

En una palabra, entre muchos de los resultados de estas movilizaciones del intelecto que caracterizaron esta revolución cultural, relativamente silenciosa pero trascendental para el futuro de nuestra nación, hay que destacar el surgimiento de la “calidad de la existencia”, de la “dignidad de la vida” como nuevas categorías sociales y como referentes ya ineludibles a la hora de considerar el sentido del accionar social individual y colectivo. Así, la Constitución consagra el “derecho a una vivienda digna” y el derecho al medio ambiente sano y sostenible.

Por este camino empezó a transitar y a extenderse, también, el derecho al confort, a la lúdica, a la contemplación, al pensar. Apareció el derecho al disfrute del tiempo libre y del espacio para la recreación. De esta manera el arte -y la música y la arquitectura y el urbanismo- que hasta los años noventa todavía aparecían -en todos los idearios políticos, de derecha y de izquierda- como elementos extraños a los marcos reivindicativos de las mayorías poblacionales, como cuestiones suntuarias apropiables sólo por quienes pudiesen comprarla y ostentarlas como trofeos, comenzaron a aparecer como referentes de las expresiones y las aspiraciones de cada vez más gente de todos los estratos. Fue siendo claro para los ciudadanos y ciudadanas que todos teníamos derecho a ellos.

A pesar del carácter apenas incipiente que todavía marca a esta revolución cultural, es necesario advertir desde ya que ha alcanzado niveles de materialidad tangible; es necesario recalcar que no se ha quedado en la retórica o en los anaqueles de la institucionalidad. Por el contrario, se ha manifestado en toda la extensión de su compleja pretensión y, concretamente en la experiencia de Bogotá, ha marcado los lineamientos reales de su accionar e incidencia futuros.

3. El entorno bogotano.

Pero la atención de nuestros estudiantes y profesores a los fenómenos a través de los cuales la sociedad colombiana estaba transformándose no se quedaba en el plano meramente general y abstracto. La Facultad de Artes hace parte constitutiva del Campus de la Universidad Nacional, es decir, ha estado indisolublemente ligado al devenir urbano de la Capital y, además, todos nuestros alumnos y Maestros han estado participando de la

extraordinaria experiencia cultural y política que, materializada en los años noventa, ha hecho de Bogotá una urbe que cada vez es más consciente de la complejidad de la vida ciudadana. A esa experiencia, como se puede ver en los textos que siguen, también han tenido que responder las distintas disciplinas que constituyen el devenir cotidiano de la Facultad.

Para ella, este contexto de modernización de Bogotá y de potenciación de la presencia ciudadana en la misma -que, por lo demás, no es un hecho meramente doméstico : no está condicionado únicamente por el entorno local; en realidad se enmarca en el fenómeno “de un mundo en proceso de urbanización”⁸ que presenta el inicio del Tercer Milenio Occidental- adquieren una significación especial.

Más allá de “ponernos a pensar la ciudad” -cosa que contó con la colaboración de muchos sectores sociales (académicos, dirigencias de sectores populares, de organizaciones no gubernamentales y agremiaciones, etc.) que habían estado haciéndolo durante muchos años-, especialmente la forma como se llevaron a cabo las administraciones de la década del noventa contribuyó enormemente a hacer visible la ciudad, tanto para el espectro político, tradicional y contestatario, como para los mismos habitantes quienes pudieron descubrir o ampliar y, en algunos casos y por momentos, profundizar la idea de la urbe contemporánea como algo cuya conformación y calidad depende fundamentalmente de lo que sus ciudadanos hagan o dejen de hacer por ella.

De esta manera, al tiempo que se desnudó en los noventa la enorme incapacidad que tiene la estructura política nacional (todavía vigente) para atender los fenómenos sociales y políticos que caracterizan la sociedad colombiana de principios del siglo XXI, se contribuyó a permitir la visualización, por primera vez y de forma contundente, de la trascendencia cultural y política que tiene el presupuesto constitucional de la participación ciudadana para la refundación de la política como soporte de la existencia pública, y condicionante de la privada, del futuro colombiano.

Por el mismo camino, la administración de la ciudad, su gobierno, se hizo visible para el habitante como parte concomitante de su entidad ciudadana.

Y se hizo visible también la cultura y -por la manera como fue acogida por la mayoría de la población que desde siempre había sido excluida de sus desarrollos y procesos de producción y expresión- se modernizó el propio concepto y la ciudad empezó a caminar de manera confiada los senderos expresivos y creativos del siglo XX.

Por ello fue posible redimensionar aquellos programas que, desde finales de la década de los años ochenta, venían siendo “posicionados” en la urbe -y que en realidad constituían la

⁸ “...Estas décadas (de 1950 a 1990) han traído un mundo mucho más urbanizado, con una mayor proporción de la población en grandes ciudades y en áreas metropolitanas. A nivel mundial, poco después del año 2000 habrá más habitantes urbanos que rurales...” Cfr. : Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (Habitat) (1996) **Un mundo en proceso de urbanización** Informe mundial sobre los asentamientos humanos 1996, TM Editores, INURBE, FONDO NACIONAL DEL AHORRO, Bogotá, Colombia. pp.24. Naciones Unidas

vanguardia del proceso de introducción de La Capital en el mundo contemporáneo sacándola de la abulia cultural en la que la había mantenido una concepción aferrada a las visiones parroquiales y provincianas del siglo XIX-: la Feria del libro, el Festival Internacional de Teatro, el Salón nacional de Artistas, etc., para llenar las salas con las muestras de cine y los coliseos con la explosión creativa que fueron los festivales de Rock, de jazz, de heavy metal y de rap, con los cuales la juventud empezó a aparecer como participante y aportante a la construcción de lo que soporta la creación del mundo contemporáneo.

Aunque el Plan de Mockus, “Formar Ciudad”, partió de un concepto discutible de cultura ciudadana -ya que, curiosamente referenciada al pasado, su redacción se esmera por hacer reconocer lo ya hecho, lo vigente, sin apostar de manera decidida por nuevos discursos ni alentar procesos creativos que funden imaginarios para una ciudad cuyos comportamientos han estado regidos por referentes bastante conservadores y anticiudadanos⁹, las dinámicas que su puesta en marcha disparó hicieron visible la combinación creativa entre la juventud y el arte con lo cual determinó el reconocimiento de la identidad urbana y contemporánea de esta parte de la población -que no sólo es la mayoría sino de la que depende el futuro de nuestra ciudad, la que va a determinar sus escenarios del siglo XXI- y de esa manera la rescató para la ciudad.

En un país donde la gran mayoría de los jóvenes, especialmente pobres, durante la etapa de la urbanización habían estado excluidos de los centros educativos y de trabajo, y después de la década de los años ochenta que vio crecer contra ellos la más absurda ola de estigmatización y de criminalización, la generación y desarrollo de un programa como el de Cultura Ciudadana¹⁰ constituye uno de los intentos más significativos, en términos de instaurar el reconocimiento del otro -de reconocerlo en tanto que capaz de pensamiento, de formular imaginarios para mí y para los demás- como base fundacional de la construcción de sociedad.

Además de constituir el primer intento institucional -del Estado, del capital privado y/o de la sociedad civil-, por atender los requerimientos existenciales, es decir, no sólo las necesidades básicas sino también el deseo de aportar, de crear, de imaginar y de construir su propio entorno físico y mental de un determinado grupo étnico de Colombia.

En este mismo sentido, es un gran aporte el rescate que para la administración de la ciudad se hizo de una inmensa cantidad (y calidad) de ciudadanos y ciudadanas cuyos intereses,

⁹ “Por cultura ciudadana se entiende el conjunto de costumbres, acciones y reglas mínimas compartidas que generan sentido de pertenencia, facilitan la convivencia urbana y conducen al respeto del patrimonio común y al reconocimiento de los derechos y deberes ciudadanos”. Art. 6o. del Decreto No.295 Junio 1 de 1995. Plan de Desarrollo Económico, Social y de Obras Públicas para Santa Fe de Bogotá, D.C. 1995-1998 **FORMAR CIUDAD**.

¹⁰ . Que los tuvo a ellos como sus protagonistas más directos, en calidad tanto de convocados como de animadores: muchos de los funcionarios que contribuyeron a poner en marcha la gran mayoría de sus programas eran muchachos y muchachas de los más diversos estratos sociales, lo mismo que la inmensa mayoría de quienes, en los barrios, en las calles y en los conciertos, fueron los actores más directos de esa dinámica que disparó el Plan “Formar Ciudad”.

por estar ubicados en la esfera de la cultura y de la creación : artistas, artesanos, científicos, intelectuales, académicos, los habían mantenido alejados o extrañados del gobierno de la urbe, por rechazo a una añeja concepción cultural y política que había consagrado tal actividad a una casta de funcionarios y politiqueros que se repiten indefinidamente en los cargos hasta agotar cualquier posibilidad de imaginación y de renovación de las posibilidades de la sociedad urbana. Estos creadores, al asumir las distintas posiciones directivas, con una gran responsabilidad y seriedad profesional, renovaron las dinámicas administrativas de los viejos corredores de la administración distrital.

Todo lo anterior constituye, sin ninguna duda, el avance más importante que desde la instancia estatal se haya hecho en la perspectiva de crear condiciones para alcanzar nuestra madurez como nación urbana y para ubicarnos con identidad propia en el concierto cultural mundial en este inicio de milenio.

En último término, es necesario consignar la enorme significación que tienen para la consolidación de la cultura artística el enorme impacto que tienen, desde el plano educativo, los programas de cubrimiento educativo de la población infantil y adolescente, especialmente de los sectores populares, y la configuración de la red de Bibliotecas y la utilización del referente de calidad arquitectónica con el cual fueron edificadas las más importantes, así como la construcción del edificio para el Archivo Histórico Distrital, legados por las dos últimas administraciones.

4. A manera de conclusión.

Seguramente, han quedado por fuera de esta enumeración de acontecimientos muchas otras cuestiones del campo político y cultural que han incidido en la producción del arte y en la ampliación de conocimientos que ha desplegado la Facultad, en la última década del segundo milenio, en la formación de sus artistas y diseñadores, de sus arquitectos y urbanistas, de sus compositores, instrumentistas y arreglistas, de sus historiadores.

Pero (y por eso lo hemos puesto como exergo –como “fuera de la obra”, dice María Moliner) lo que buscábamos era reconocer el contexto general en el cual esos hombres y mujeres a la vez que participaban en la formación y profundización de esos fenómenos -que en la última década del siglo XX, sin duda, marcaron definitivamente la entrada de Colombia en el Siglo XXI- se internaban ellos mismos, individualmente y/o en grupos, en la aventura riesgosa y fascinante del desentrañamiento de los fundamentos, soportes y contradicciones de unas disciplinas que, como las artísticas, empezaban a ser reconocidas por el conjunto de la población no sólo como derechos inalienables de la existencia humana sino como elementos concomitantes a la cualificación del ser de la humanidad.

Este es el contexto de la producción que el volumen muestra ya en detalle y desde la particularidad epistemológica y disciplinar de cada uno de los campos creativos que se detallan en este libro.

Pues la albor artística, docente, investigativa y de extensión que ha desarrollado la Escuela de Artes de la Universidad Nacional se reconoce enmarcada no solo en el conocimiento y asimilación y crítica de lo que produce el mundo contemporáneo -con el cual se incrementó

tremendamente la comunicación, gracias al Internet, y por tanto se mejoró la temporalidad y la pertinencia de nuestras discusiones y en gran medida la oportunidad de nuestras contribuciones- sino que asume la responsabilidad que le corresponde en el contexto creado por una sociedad como la colombiana, la cual, en el medio de los más sangriento de los absurdos enfrentamientos que nos caracterizaron en la centuria pasada, se apresta a impulsar (y ha realizar) transformaciones institucionales y revoluciones culturales trascendentales para civilizar nuestra existencia individual y colectiva.

Bogotá, Marzo de 2003.